

La Luz del Porvenir

Gracia 10 de

Diciembre de 1891.

PRECIOS DE SUSCRICION.
Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION
Plaza del Sol, 5, bajos,
y calle del Cañón, 9, principal.
SE PUBLICA LOS JUVES

PUNTOS DE SUSCRICION
En Lérida, Cármen 26, 3 En
Madrid, Ballesta 4, principal
derecha. En Alicante, San
Francisco, 23, imprenta.

SUMARIO.—Contestación.—Escenas familiares.—Recuerdos de mis plegarias.—¡¡Pobrecito!!

CONTESTACIÓN.

En la sesión que celebró el Consejo Directivo de *La Fraternidad Universal*, el 14 de Octubre último, en el local de *La Espiritista Española* bajo la presidencia del Sr. García López, entre los acuerdos que se tomaron figura el siguiente:

«5.º El señor Presidente propone que se pidan noticias á doña Amalia Domingo y al vizconde de Torres Solanot sobre lo que dijeron hará ya cerca de un mes los periódicos políticos de Madrid, afirmando que en el Centro Espiritista de Gracia se habían cometido hechos criminosos, y que habían sido presos algunos sócios, siendo de extrañar que ni LA LUZ DEL PORVENIR, ni la *Revista* de Barcelona hubiesen desmentido esos sueltos de la prensa política. El Consejo aprueba la indicación del Presidente, y protesta de los hechos que se han imputado al Centro de Gracia, si fuesen ciertos, deseando que resulten falsos y pueda dicho Centro desmentirlos.»

Los hechos indicados en el párrafo anterior, son tan miserables en su fondo y tan repugnantes y brutales en su forma, que LA LUZ DEL PORVENIR no ha creído necesario desmentirlos diciendo que no habían ocurrido en el Círculo espiritista *La Buena Nueva* de Gracia. La índole de los mismos, hacía comprender desde luego, que era del todo imposible que tales infámias se cometieran en un Centro Espiritista, ni entre personas civilizadas, fueran estas creyentes ó ateas.

He aquí la causa por que no nos hemos ocupado en destruir los rumores mentirosos que han circulado; ningun espiritista racionalista puede cometer un acto que le ponga á más bajo nivel que los salvajes.

El antiguo Círculo Espiritista *La Buena Nueva* de Gracia sigue celebrando sus sesiones sin que el menor disgusto las interrumpa, y si en Gracia existen, *vividores* y embaucadores de oficio, nada tienen que ver con ellos los verdaderos espiritistas.

Es cuanto por hoy tiene que decirle á *El Criterio Espiritista*, órgano oficial de la sociedad Espiritista Española y de *La Fraternidad Universal*, LA LUZ DEL PORVENIR.

EL SUEÑO DE LA FAMILIA

Al tenue resplandor de amarillentas velas, en anchuroso recinto donde se hiela el alma y se oprime el corazón al contemplar imágenes, producto de sombríos cerebros, observad conmigo siete seres, que dobladas las manos, clavan con ansia sus miradas en la pálida y cárdena faz de un crucifijo. Un hombre, una mujer, una jóven y cuatro niños, matrimonio y cinco hijos que giran en derredor de los autores de sus días, y que como estos viven y morirán sin conciencia de sus actos, y sin haberse detenido ni una sola vez á pensar si tienen en el mundo una misión que cumplir.

En los infantiles rostros de los pequeñuelos se retratan más que el respeto y la ternura, el disgusto y el terror, y sus inquietas pupilas vagan sin cesar de sus padres á unas correas ensangrentadas que en el suelo, junto á ellos, se ven. Son cinco seres que, como las flores que adornan las imágenes, languidecen por no respirar la atmósfera adecuada. Los actos sérios son impropios de la infancia y de la juventud, y de aquí que en los rostros de aquellos niños se vea un tinte melancólico, sobre todo en el de la jóven, que desde antes de venir al mundo, por un voto de su madre, está destinada al claustro. Todos elevan su voz en monótona oración, pero la jóven más bien llora que reza; al día siguiente debe retirarse á un convento contra su voluntad, y se pregunta entre sollozos de amargura, con qué derecho la ofreció su madre en sacrificio.

Estos pensamientos en la jóven, y en los niños la austera severidad que emana de los autores de sus días, les hace mirar á estos con desconfianza y disgusto. ¡Pobres seres! que necesitan del cariño como las flores del rocío, y la frialdad glacial de sus padres que se ocupan más de fantásticas quimeras que de sus hijos, les hace mirar á los que les dieron el sér con más miedo que respeto y amor!...

Hé aquí una familia católica, que antes de entregarse al reposo practica ceremonias y penitencias con las que cree alcanzar en otra vida un premio no definido aún en esta.

* * *

Contemplad todavía á esa católica familia. Los padres rezan como la noche anterior, los niños lloran en silencio... ¿Y la jóven?.. Ella es la causa inocente de la aflicción de los pequeñuelos, que no habiendo llegado al grado de... *perfección* que los autores de sus días, aún se dejan dominar por el sentimiento al recordar el último beso de su hermana convertida ya en *Esposa del Señor*. Ellos se dicen que nunca olvidarán la tarde de aquel día, triste y sombrío como pocos, el no menos triste y sombrío locutorio del convento, en que su hermana les dió el último abrazo; y, entre estas reflexiones, recuerdan también, no sin cierto movimiento de su sér que no aciertan á explicarse, á sus padres que muy convencidos de que llevaron á cabo un acto, que había de ser una magnífica recomendación para su entrada en el cielo, sin vacilaciones, sin conmoverse lo más mínimo ante la visible congoja de su hija, la abrazaron friamente y oyeron con satisfacción el lúgubre chirrido de la reja que les separaba para siempre de ella.

* * *

¡Pobres niños! Quizá un día brille para ellos la luz que hoy tratan de ocultarles. Ese día comprenderán el movimiento de su sér al recuerdo de la fría despedi-

da, y, ¡quién sabe! Muchas perlas viven siempre en el fango, pero otras suben á la superficie y puede ser admirada su pureza.

El sol derrama sus rayos sobre la tierra conmovida por el aliento de la primavera, y á tan hermosa luz, seis seres abren sus ojos sonriendo á la perspectiva de un día feliz. Una simpática jóven, uniendo su voz á las de los pajarillos que saludan la aparición del sol, arregla diligente la modesta casa, llenando de júbilo el corazón de unos padres que la adoran, y haciendo las delicias de tres hermanos que miran en ella algo digno de eterna admiración y respeto. Todo sonreía en derredor: aguas, pájaros y flores, se acariciaban, se entendían en su lenguaje, y entre perfumes, notas y murmullos se daban sus quejas, se contaban sus amores, formando esa epopeya que constituye la creación entera. La simpática niña, terminado su trabajo dejó vagar un instante su alma en medio de aquella sublime armonía y sonriendo á un pensamiento agradable, emprendió la nueva tarea de formar un hermoso ramillete de flores, que terminado, presentó ufana á su buena madre recibiendo en pago media docena de apasionados besos.

¡Admirable unión la de esta familia!... En ella los hermanos adoran á su hermana, la hermana á sus hermanos, los hijos á sus padres y los padres á sus hijos! ¡Qué envidiable confianza!... ¡Qué intimidad más bella! Nada de severidad mal entendida, que oprime el tierno corazón y torna en temor, y, por consiguiente, en ódio, el respeto y amor que se debe á los seres que nos dieron vida.

Tomemos por modelo esos felices seres. Vedlos. Cuando el sol adormecido en lecho de arbores le dirige su última sonrisa á la madre tierra, la jóven dirigía por la centésima vez acaso la impaciente mirada al próximo camino, impaciencia que hacía sonreír bondadosamente á sus padres y cambiar entre sus hermanos miradas furtivas de maliciosa inteligencia. Por fin, con las primeras sombras de la noche, vióse avanzar apresuradamente hácia la pintoresca casita un gentil y arrogante mancebo, que sonriendo á la hermosa niña, saludó á los hermanos, abrazó á los padres y disculpando á los suyos por no haber podido asistir á la velada, dióse principio á ésta.

Yo escuché emocionada las bromas que aquellos buenos hermanos dirigían á su hermana y al amigo allí presente con motivo de su cercana unión; oí con delicia los relatos y aventuras que de su vida de campaña hacia el anciano patriota; presté atención á las noticias del día, y leí á ruego de todos varios capítulos de la admirable obra de Víctor Hugo *Los Miserables*, pues en aquella morada que con propiedad podemos calificar de santa, después de trabajar todo el día se dedicaba parte de la noche, como vé el lector, no á penitencias y maceraciones estúpidas, sino á esparcir el espíritu y alimentar el alma, ya con lecturas que instruyen á la par que deleitan, ya con recuerdos agradables é ilusiones fundadas sobre la futura felicidad que en lo porvenir á cada uno esperaba.

*
* *

Tomando ejemplo de tan admirable familia, dirigid conmigo hácia ella una última mirada. Antes de entregarse al descanso y después de dejar los padres á los hijos en sus lechos y haberse despedido de ellos hasta el día siguiente con un cariñoso beso, dedican un recuerdo de adoración inmensa al Dios Naturaleza, y prostrados ante el altar de sus conciencias, rinden como culto su último pensamiento todas las noches á la Virtud y al Bien, santos que dan á su hogar la prosperidad y la dicha.

¡Felices criaturas! La honradez y laboriosidad, sus inseparables compañeras, son la única bendición que dá á su corazón la paz y el contento que otros jamás disfrutan en la tierra y con sin igual... *candidez* esperan disfrutar algún día en el cielo.

ESPERANZA PÉREZ.

Málaga del Fresno, 10 Octubre.

RECUERDOS DE MIS PLEGARIAS.

En la primera edad de los amores
así le hablaba á Dios en mi delirio:

“Tú que das á los astros resplandores
y aroma embriagador al gentil lírio;”

“Tú que das rotación á los planetas
y á las nubes rojizas aureolas,
suavísimo perfume á las violetas,
y al mar el himno eterno de sus olas;”

“Tú que todo lo puedes, yo te imploro
que pongas en mitad de mi camino,
un hombre que me diga: ¡Yo te adoro!....
quiero unir mi destino á tu destino.”

“Quiero que hagamos juntos la jornada
y compartir contigo los enojos;
¡quiero encontrar un mundo en tu mirada
y que tu ansiado cielo sean mis ojos!”

“Si esto es mucho pedir, ¡Dios soberano!...
que sea breve el placer, pero que sea,
que el recuerdo de un goce sobre humano
es Sol que eternamente centellea!”

“Yo quiero ser amada, ser querida,
que para eso á la Tierra el hombre viene.
Yo quiero consagrar toda mi vida
á un recuerdo de amor que mi alma llene!”

Esto le pedí á Dios, cuando soñaba
como sueñan las almas juveniles.
¡Qué hermoso es delirar! yo deliraba:
¡quién no sueña al contar pocos abriles!

Pasó la hermosa edad de los amores,
sin realizar mis sueños, mis antojos,
¡cuántas espinas encontré en las flores!
¡cuánto daño me hicieron los abrojos!

Mas no cejé en mi empeño al ver tronchadas
las rosas de mis bellas ilusiones;
y sobre sus corolas marchitadas
renacieron tranquilas afecciones.

Y en la amistad busqué seguro puerto
para evitar del mundo el oleaje,
buscando de la vida en el desierto
un oasis al final de mi viaje.

Y entonces dije á Dios:—“Dame tu amparo
en forma material, dame un amigo,
que sea en mi vida rutilante faro,
que me enseñe á esperar para ir contigo.

Pedí mucho tal vez sin duda alguna
porque no hallé amistad, sino falsía;
la adversidad meció mi pobre cuna
y quiere acompañarme en mi agonía.

Y hoy que llego al final de mi jornada
por cariño también mi alma suspira:
quiero que me hagan ver que soy amada,
aunque todo en el mundo sea mentira.

Mas no el amor del hombre, no el halago
de amorosa pasión, quiero el cariño
que no produce delirante estrago;
quiero el amor que se le tiene al niño.

Mezcla de compasión y de ternura,
condescendencia dulce, cariñosa,
miradas que revelen la dulzura,
quiero para morir creerme dichosa.

Me asusta de la vida el desencanto,
tengo miedo á morir, ¡piedad Dios mio!...
Yo no quiero verter mares de llanto,
Yo no quiero morir sintiendo frío.

Ese frío del alma que nos hiela,
que deja nuestros miembros ateridos;
yo quiero ese calor que nos consuela....
“—Pues ampara á los seres desvalidos.”

(Dijo una voz) “Enjuga el triste llanto
de aquellos que lamentan sus enojos;
Y tu hora de morir no te dé espanto:
que alguien llorando cerrará tus ojos.”

“Tú siembra amor, derrama la semilla
que hace brotar dulcísima esperanza;
no profanes jamás la fé sencilla
y al naufrago dá un puerto de bonanza.”

“Donde quiera que vayas no provoques
enojadas cuestiones; no, hija mia;
punto que pueda herir, jamás lo toques:
y no te asuste nunca tu agonía.

“Tendrás todo el amor que hayas sembrado,
cuanto cariño des á los caídos,
el consuelo ofrecido al desdichado
con el afán que escuches sus gemidos.”

“Todo lo encontrarás en los instantes
que te agobie la nieve de los años;
tendrás quien guíe tus pasos vacilantes:
no esperes para entonces desengaños.”

Hay trégua en el dolor, cuando la vida
se consagra á llorar con el que llora;
entonces, al llegar la despedida,
eso que ahí le llamais la última hora,”

“Aparecen amigos ignorados

que velan vuestro sueño con dulzura:
y os prestan con anhelo sus cuidados
dirigiéndoos palabras de ternura.”

“¿Sabes quién muere solo? aquel que niega
albergue al fatigado peregrino;
el que jamás escucha al que le ruega
y sigue indiferente su camino.”

“El que al llegar las noches del invierno
no piensa con dolor en los proscritos;
y no eleva su voz al Sér Eterno
por los desventurados pobrecitos,”

“Que sin casa ni hogar, buscan amparo
en la cueva ó caverna mas sombría.
El que á nadie jamás sirvió de faro
para él siempre la mar será bravía.”

“Aunque tenga familia estará solo,
carecerá de todo, aunque le sobre
el oro por do quier; de polo á polo,
no encontrará otro sér que esté más pobre.”

“No olvides mis palabras, en tu mente
grábalas, porque encierran gran consuelo;
la justicia del Sér Omnipotente
nos deja á todos conquistar un cielo.”

“Se llega al cielo, cuando logra el alma
huir de los vicios por ganar virtudes,
no es un sueño el placer, la dulce calma
y el verdadero amor. ¡Ah! no lo dudes.”

“Cuanto sueña la ardiente fantasía,
cuanto ambiciona el hombre en sus desvelos,
lo llega á realizar en fausto día;
que hay en el Universo muchos cielos.”

“Lo que hace falta al hombre es conquistarlos,
cuanto hay en la Creación le pertenece,
los premios del saber hay que ganarlos,
él que quiere ser grande se engrandece.”

“Quiérello tú tambien, ¡alza tu vuelo!
ambiciona llegar á otras esferas;
conquista con tu afán cielo tras cielo,
el que quiere avanzar no halla fronteras.”

“Y cuando tu progreso te permita
la gloria del amor, serás amada,
no hay en la humanidad raza proscrita
ni judaica legion desheredada.”

“Todos tienen derecho á ser felices,
mas antes de gozar de los placeres,
en vez de cometer graves deslices,
hay que dar cumplimiento á los deberes.”

“Cumple los tuyos con afán y anhelo,
consagra al bien las horas de tu vida,
de tu pasada historia rasga el velo,
y acepta tu expiación que es merecida.”

“Adios Amalia; de tus tristes horas
no cuentes con angustia los segundos;
no mires la prision en donde moras;
piensa que hay otros soles y otros mundos.”

“Donde podrás mañana victoriosa
difundir los raudales de la ciencia;

y bajo un cielo de color de rosa
deslizará dichosa tu existencia.”

“Ten fé en tí misma, en tu adelanto eterno,
en el esfuerzo de tu Yo pensante;
en tí llevas la gloria y el infierno;
trabaja en tu progreso y..... ¡adelante!”

Enmudeció la voz del ser clemente
que le dió nuevo giro á mis ideas;
y al recordarle exclamo dulcemente:
Espíritu de luz!..... ¡bendito seas!

AMALIA DOMINGO SOLER.

¡¡POBRECITO!!

¡Parece que le veo! con su frente blanca como la azucena, coronada de rizos de un rubio pálido, con su mirada profundamente melancólica, que parecía suplicar una caricia, con su pequeña boca contraída por una expresión indefinible... ¡Pobre niño! Apenas contaba ocho primaveras, y su breve existencia era una horrible agonía, un gemido de dolor. Víctima inocente del libertinaje, despojo palpitante creado en el vicio y arrojado despiadadamente como fruto podrido de una sociedad corrompida á ese abismo insondable que se llama el torno de la inclusa, *hipocresta del infanticidio*, como lo llamó Emilio de Girardin.

Sin una madre amorosa, que guiara sus vacilantes pasos, con tierno y cariñoso afán, sin tener un regazo amante en que reclinar su lánguida cabecita, Luis creía entre abrojos, llevando en su frente escrito todo un poema de amor y de ternura y en su alma la heroica resignación de un mártir. Nunca podré olvidar su bella y melancólica figura. Era un espíritu enfermo, que moría de frío, sin que su inmenso sentimiento hallara cariñosa hospitalidad en un corazón amigo. Pobre desterrado del cielo! ¿qué vendría á buscar aquí? ¡Tal vez amor, por que sus grandes ojos inundados de la luz de Dios, pedían una limosna de cariño con una expresión tan conmovedora, que parecía mentira que en tan pequeño ser pudiera haber tanta amargura.

¡Pobrecito! es tan triste ver padecer á un niño! ¡Un niño! conjunto armónico de belleza y poesía, de inocencia y de candor. ¡Preciosa flor, sin la cual sería la tierra un infecundo desierto!

El dolor en todas sus tristes manifestaciones me conmueve profundamente, pero el que brota de pupilas infantiles, arranca á las mías amargo llanto. La miseria y el abandono de un niño, es el más horrendo, el más inaudito crimen social, y la desgracia de aquel pequeño ángel, que cruzaba su calle de la amargura, con la luz del cielo en sus ojos, con el color del alba en la frente y con la expresión del filósofo desengañado del mundo en los labios, levantaba en mi cerebro un inmenso cúmulo de tristísimas consideraciones sobre las constantes injusticias sociales creadoras de tan miserables existencias.

Durante algún tiempo, veía casi diariamente á Luis, sentadito en el pórtico de un templo cercano á mi morada, implorando la pública caridad, acompañado de una anciana ciega, que no tenía otro sosten que el pobre huerfanito. Y cuántas veces, contemplando á aquellos párias de la humanidad, en la mañana de la vida el uno, y el otro en el ocaso, unidos por la miseria y azotados por el infortunio, ofreciendo el triste cuadro de la infancia desamparada y la ancianidad desvalida, comparaba sus vergonzosos harapos, con los ricos abrigos de terciopelo, magníficas pieles, finísimas blondas y valiosas joyas, que lucían henchidas de orgullo las elegantes damas, que entraban ó salían en la *casa de Dios*, sin dignarse muchas de ellas, dirigir una mirada compasiva á aquellos infelices, que no tenían otro pan que llevar á la boca, que el que proporciona al mendigo la caridad pública, pan amarguísimo que como dijo Fernán Caballero alimenta, pero no nutre, y conmovida hasta lo más íntimo del alma, exclamaba con profunda convicción: “Hay otra

vida, sí, hay otra vida... ¿qué sería el hombre sin ella? ¡Ay! ¿qué sería, sin la perpetuidad de nuestro yó? La vida tiene otro desenvolvimiento, sin cuya certidumbre la humanidad sería continuamente suicida.

¡Bendito sea el Espiritismo, que nos ha dado la explicación racional y lógica de las anomalías y contra sentidos que se observan en el mundo mirándolo aisladamente.

¡El ha venido á explicar lo inexplicable!

¡El ha venido á resolver lo irresoluble, patentizándonos la justicia divina en la sublime ley de la reencarnación!

Un día que se celebraba con inusitada pompa la solemne festividad de la *purísima Concepción*, de la *Santísima Virgen* (!!) en la Iglesia, á cuya puerta, pasaba como ya he dicho, la mayor parte de su mísera existencia, el pequeño Luis, me detuve junto á él y observé que sus labios pàlidos, que parecían suspirar por el infinito, se entreabrían frecuentemente, dejando escapar profundos y entrecortados gemidos, y sus azules ojos en los que no había la alegría que brilla generalmente en los ojos de los niños, sino el amargo desencanto del hombre abrumado por el dolor, vertían silenciosas lágrimas. Pobrecito! Solo, (pues según supe después la anciana ciega, que comunmente lo acompañaba, estaba gravemente enferma), separado de los demás pordioseros, que notas discordantes en aquel concierto suntuoso del lujo y la vanidad, exhibían sus deformidades físicas y morales, en la degradación de su repugnante miseria, parecía no preocuparse de lo que pasaba á su alrededor, abstraído en su muda amargura. Salía en aquel momento del templo, un alegre grupo de niñas, vestidas de blanco, envueltas en flotantes velos de níveo tul. Eran alumnas de uno de los mejores colegios de la ciudad, que acababan de hacer su primera comunión y radiantes de felicidad y de hermosura, bajo las maternales miradas de distinguidas damas que las acompañaban, prodigaban por doquiera sonrisas encantadoras, y al comparar aquellas caritas sonrosadas, aquellos ojos brillantes, aquellas bocas sonrientes, con la expresión profundamente dolorosa, que contraía las delicadas facciones del pobre huérfano, no pude contener mis lágrimas, mientras pensaba con amargura: ¡aun hay quien niega la verdad espírita sin la cual no se concibe la justicia de Dios! ¡Y aun hay quien se empeña en asegurar, que no hay más existencia que la de este mundo, limitando la hermosa vida del espíritu á la miserable de este planeta! ¡risible anacronismo en el último tercio del siglo del vapor y de la electricidad!

De aquel montón de'ro sas, se separó una preciosa niña, cuyas aterciopeladas mejillas poseían el rosado de la adelfa y acercándose á una señora que la miraba con embeleso, habló algunas palabras en voz baja, recibiendo una moneda de plata que depositó en manos de Luis exclamando con voz dulcísima: *¡Pobrecito! nadie se acuerda de tí, por eso estás triste, ¿no es cierto?* y su blanca y aristocrática manita acariciaba el pàlido semblante del infeliz expósito, que hondamente emocionado miraba con inmensa gratitud á aquel pequeño ángel. ¡Qué cuadro tan bello, tan conmovedor! aquella niña, que le trajo en sus ojos algo del cielo, que habitó, practicaba la verdadera caridad, dando con el pan del cuerpo, el pan del alma, en las frases de ternura que dedicaba á aquella alma tan hambrienta de cariño.

La niña se alejó de allí llamada por la señora, que le habia dado la moneda, desapareciendo al poco rato, no sin volver varias veces la cabeza hácia el sitio en que permanecía Luis silencioso é inmóvil como una estatua, siguiéndola con una mirada indescriptible.

Ya no lo ví más. Algunos días despues, supe por uno de sus compañeros de infortunio, á quien pregunté por él, que se le habia encontrado muerto en la puerta de un colegio de niñas. Involuntariamente pensé en la angelical criatura, que habia tenido para él tanta compasión, y comprendiendo lo que habia pasado en el alma de Luis exclamé con profunda amargura: *¡Pobrecito!*

ISABEL PEÑA DE CÓRDOBA.